

JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA

Poeta mejicano. En 1862, ha publicado en Méjico un interesante volúmen de poesías : consta de tres partes : primera, *Leyendas mejicanas*; segunda, *Cuentos y Baladas del Norte de Europa*; tercera, *Composiciones diversas*.

FUNDACION DE MÉJICO

I

Después que el extraño yugo
Que en sanguinaria la trueca
Rompióse, á la tribu azteca
Dejar á Ixtacalco plugo.

Hácia el norte se adelanta
Como por instinto vago,
Y en una roca del lago
Descubre indígena planta.

Y en rama y hojas, tupidas
De espina que las resguarda,
Posada un águila parda,
Las grandes alas tendidas.

Ante el nopal y la peña,
La onda y el águila grave
Y áspid inquieto que el ave
Con pico y garras domeña,

Vé coronado su intento,
Que son la señal, en suma,
De que pondrá en esta espuma
De una ciudad el cimiento.

En insólita alegría
Trocados ya sus pesares,
Fama es que en rudos cantares
El pueblo azteca decia :

II

CORO.

Cumplióse del Númen
La oferta sagrada,
Y á nuestra jornada
Aquí damos fin.

Del lago tranquilo
Serán los espacios

Ciudad de palacios,
Eterno jardín.

UNA VOZ.

¡Qué bien que retrata
La clara laguna
La luz de la luna
Y el fuego del sol!

UN SACERDOTE.

Se erija á Mexitli
Altar en la roca :
Si el pueblo le invoca
Darános favor.

OTRA VOZ.

Merced á la industria
Que doma elementos,
En la agua cimientos
Pondrémos al fin.

CORO.

Del lago tranquilo
Serán los espacios
Ciudad de palacios,
Eterno jardín.

III

La tribu alzó santuario
De verdes flexibles cañas,
Y también pobres cabañas
Junto al peñon solitario.

Y tal fué la humilde cuna
De Méjico, que en su historia
Retrata en desdicha y gloria
Las vueltas de la fortuna.

De Itzcohuatl engrandecida,
Bajo Tizoc respetada,
Con Moctezuma aherrojada
Y con Guatímoc vencida,

Vió elevarse en su recinto
Sobre sus aras profanas
Las basílicas cristianas
Y el pendon de Cárlos Quinto.

De indígenas y extranjeros
Surgir una raza mixta
Que á la colonia conquista
De libre nacion los fueros.

Despues, en ódio profundo
Y en fraterna lid menguada,
Cruzar sus hijos la espada
Con escándalo del mundo.

Y sús mas bellas mansiones
El sajón, tras breve liza,

EL ARPA MARAVILLOSA

I

Brillan los rayos postreros
Del sol, y en busca de esposa
Van por la playa arenosa
Dos gallardos caballeros.

En las colinas cercanas,
De sus corceles el paso
Al oír, salen acaso
Á la puerta dos hermanas.

Teje la menor el lino,
La rica seda y el oro,
Y es de inocencia tesoro
Con rostro afable y divino.

Morena y áspera y fea
Y con envidia sin par
La mayor, solo en cuidar
De los rebaños se emplea,

Rindiendo allí la jornada
Los nobles — cosa es sabida —
Quedó la menor pedida
Y la mayor despreciada.

II

Ésta, despues, dijo á aquella,
De cariño haciendo alarde,
Con voz melosa una tarde :
— ¡ Mira qué tarde tan bella !

Vamos á dar un paseo
Del ronco mar á la orilla.
La rubia inquiere sencilla :
— ¿ Cuál es allí tu deseo ?

Trocar en caballeriza
De sus pesados bridones.

¡ Cuánto ha sufrido, si, cuánto
La reina deste hemisferio !
Desmembrado está su imperio
Y hecho girones su manto.

Sentada en frondosa vega
Lágrimas vierte hilo á hilo,
Y acrece el lago tranquilo
Y así en su llanto se anega.

Y medita en sus dolores,
Presa de rudos afanes,
Á la luz de sus volcanes
Y al vaiven de sus temblores.

— Que las dos nos parecemos
Oigo decir, cual estamos ;
Pues si en el mar nos bañamos
Blancas al igual seremos.

— Aun cuando en él te lavaras
Noche y día sin salir
De sus ondas, corregir
Lo que hizo Dios no lograrás.

Ni aun cuando como el armiño
Quedase, al fin, tu semblante,
Á darte fuera bastante
De mi adorado el cariño.

Van á la playa, contenta
Una y la otra enojada,
Y está la menor cansada
Y en un peñasco se sienta.

Deja que aquella cual fragua
Ardiendo en cólera, ruja ;
Mas la morena la empuja
Y cae la rubia en el agua.

Las palmas alzando, en vano
Grita con voz lastimera :
— ¡ Para ganar la ribera
Tiéndeme, por Dios, la mano !

— Verás tu anhelo cumplido,
Hermana, cual otras veces,
Si en este trance me ofreces
Cederme tu prometido.

— Cuanto tengo te daría
Méno mi futuro esposo :

Él con amarme es dichoso,
Su voluntad no es la mia.

« Mas te ofrezco, y no en olvido
Lo echaré, pues que te adoro,
Darte arracadas de oro,
Buscarte apuesto marido. »

La brisa del Sur, en tanto,
Lleva el cuerpo mar adentro :
Vedlo flotar en el centro
Del extendido azul manto.

Bramando el Norte despues,
Sobre las olas mecida
Viene la rubia sin vida ;
Tocan la playa sus piés.

Mas sopla el Este á deshora
Y amanece la difunta
Inmóvil bajo la punta
De una barca pescadora.

III

Por diferentes caminos
Y de region extranjera,
Á la tranquila ribera
Llegaron dos peregrinos.

Al ver el cadáver yerto
Bajo el bote abandonado,
Los dos se arrojan, y á nado
Lo traen consigo al puerto.

Lo tienden, por mas desierta,
En el arenosa escarpa,
Y al punto forman un arpa
Con los brazos de la muerta.

Y del uno al otro dellos,
No bien armados de prisa,
Ponen, de cuerdas á guisa,
Los destrenzados cabellos.

— Vamos al hogar cercano,
Puesto que boda hay en él,
Dijo al ayudante fiel,
Que era un jóven, el anciano.

Páranse junto á la puerta
Que, estando del mar en frente,
Para dar paso á la gente
Quedado habia entreabierta.

Pulsan aquel arpa humana
Sin que una nota se pierda :
Claro la primera cuerda
Dice : *La novia es mi hermana.*

Oyendo este són extraño
La novia inquieta se puso ;
Clamó con aire confuso :
El arpa edusame daño.

Obedeciendo al hechizo,
Sonó la cuerda segunda
Diciendo en nota profunda :
Morir la novia me hizo.

Y sintiéndose subir
La sangre toda al semblante,
Gritó la novia al instante :
No quiero música oír.

En armonioso compas
Tercera cuerda decia :
« ¡ Cuánto á la novia queria !
¡ No me callaré jamás ! »

Y entonces, ardiente llama
Quemándola el corazon,
Perdida ya la razon,
Púsose la novia en cama.

Mas, dando el arpa sentida
Nuevas y estridentes notas,
Quedaron sus cuerdas rotas
Y la culpable sin vida.

MANUEL CARPIO

Las obras poéticas de Carpio se distinguen por su robusta inspiración, por el arte de difíciles consonantes, por la sabia elección de asuntos, y en fin por su originalidad al tratarlos, que asignan al autor su carácter propio, tan raro en estos tiempos de imitaciones. Carpio es un modelo que deben estudiar los jóvenes poetas y estamos seguros de los benéficos frutos que de tan útil estudio llegarán á recoger.

Nació en Coramaloapam en 1791, y en el seminario de Puebla concluyó con esplendor y lucimiento sus estudios.

Seguó la carrera de la medicina y fué profesor en el colegio médico de Méjico.

Sus sonetos, como dice muy bien el vate, son una verdadera galería de cuadros, que se miran y se vuelven á mirar siempre con nuevo gusto.

En 1860, se imprimió la segunda edición de sus poesías.

En la política también se le ha visto figurar, premiando su patria la honradez y buena intención de sus sentimientos y su capacidad natural perfeccionada por el estudio: ha sido diputado y senador de la República.

Falleció el 21 de febrero de 1860.

LA VIRGEN AL PIÉ DE LA CRUZ

Lanzaba el sol su fuego á medio día
Sobre las tristes rocas del Calvario,
El campo estaba ardiente y solitario,
Y hoja ninguna en su árbol se movía.

Busca el leopardo en medio de arenales
Las tibias aguas del Jordán revuelto,
Busca las sombras el venado esbelto
Entre los deshojados carrizales.

Con el vapor de la caliente arena
El cuello tuerce el espinoso cardo,
Y entre las grietas del peñasco pardo
Se marchita la flor de la verbena.

En tanto el Hombre-Dios allá pendiente
En la cumbre del Gólgota gemía,
Y sudaba y temblaba en su agonía
Oyendo las blasfemias de la gente.

Tú, Madre del Señor, que cerca estabas
Del patíbulo horrendo, y casi muerta,
Á ratos lloras con la faz cubierta,
La vista á ratos en el hijo clavás

Al mirarle temblar suda tu cuello,
Y tu alba frente suda, y te estremeces,
Sus tristes ojos vuelve á tí dos veces,
Y dos veces se eriza tu cabello.

¡Espectáculo atroz! su sangre roja
Brotó caliente, y al brotar humea,
Y á proporcion que de Jesús gotea,
El rostro y manos de su Madre moja.

El llanto y el dolor son tu alimento,
Eres pobre, y oscura, y despreciada:
No le debes siquiera una mirada
Piadosa al legionario desatento.

Á cada queja que el tormento arranca
De la boca sedienta del Ungido,
Exhalas profundísimo gemido,
Y el llanto limpias con tu mano blanca.

Aun no acababa algun desapiadado
De blasfemar del inocente Verbo,
Cuando escuchabas con dolor acerbo
La risada insultante del soldado.

En tanto el mundo estólido levanta
Hasta el cielo á sus héroes y sus sábios,
Que no eran dignos de poner los lábios
Donde el Hijo de Dios puso la planta.

¿Cómo pudo una mano delincuente
Aplicar en el labio moribundo
Amarga hiel al Hacedor del mundo,
Su misma madre hallándose presente?

¿Cómo no derribó muro y santuario
El furor de estruendoso remolino?
¿Cómo de fuego inmenso torbellino
No derribó las peñas del Calvario?

¿Cómo es, Hija de Abram, que ver pudiste
Los furores de escena tan tremenda?
¿Cómo, al tronar la tempestad horrenda,
Sin desmayar tu corazón resististe?

Tus lágrimas rodaban á tu seno
Y mojaban tus pechos virginales,
Que nutrieron al Dios de los mortales
Allá de niño, en tiempo mas sereno.

Cuanto vas con la vista recorriendo,
Todo desgarra tu profunda herida,
El muro y torres, la ciudad querida,
El templo augusto, el Olivar tremendo.

En medio del dolor mas inhumano,
En contorno buscabas un asilo,
Y en contorno encontrabas muy tranquilo
Al verdugo y al bárbaro romano.

Al espirar el Dios de los judíos
Diste gemidos tristes y dolientes,
Cual suelen las palomas inocentes
En los sauces amargos de los ríos:

Y las manos blanquísimas torcidas,
Y las alzabas al tremendo cielo,
Y no encontrabas á tu mal consuelo.
¡Cuán otra estabas en mejores días!

Todo á tu blando corazón aterra;
Cercada estás de pálidos tiranos,
Se palpan las tinieblas con las manos:
Los muertos se levantan de la tierra.

Un formidable terremoto acaba
De esparcir el terror, y tú entre tanto
Temblabas ¡ay! atónita de espanto
Sobre el Calvario, que de horror temblaba.

Tornando al cielo los tus ojos bellos,
Y entre las rocas puesta de rodillas,
Enjugas en tus pálidas mejillas
El llanto de dolor con tus cabellos.

Y al recibir al gran Jehová en tus brazos
Todos estremecieron tus huesos,
Y en tan mortal languidez ni darle besos,
Ni tampoco pudiste darle abrazos.

Pero después le das ósculo ardiente,
Y mil abrazos que el amor demanda,
Acariciando con tu mano blanda
Sus muertos ojos y su helada frente.

¿Quién creyera al mirará este hombre muerto
Reclinado en el seno de su Madre,
Que fuese el mismo resplandor del Padre,
Y el Jehová del Mar Rojo y del desierto?

Del Gólgota no lejos algun día,
Para vengar tan bárbaro delito,
Pondrá sus tiendas el romano Tito
Y entonces ¡ay de la nación judía!

¡Ay de Jerusalen! que ya le espera
Hambre, y matanza, y fuego pavoroso!
La ceñirán de inmenso contrafoso,
La ceñirán de sólida trinchera.

La estrechará feroz infantería,
Y en medio del furor de la batalla
Por la brecha entrarán de la muralla. —
¡Virgen, perdona á la nación judía!

FÉLIX MARÍA ESCALANTE

En 1836, publicó en Méjico una colección de sus poesías líricas. Escalante dice á sus lectores: « Mis versos son el reflejo de mi alma, la expresión de mis sentimientos, y no el pretendido alarde de la erudición y la sabiduría; los amo como á mis hijos, y por eso les perdono los defectos que deben tener. He buscado en ellos un espejo para mi alma y no un título para tomar mi asiento en el mundo literario. »

Á LOS POETAS

No en las nubes se pierde al elevarse,
Siguiendo al sol ardiente en su carrera,
Tímida el ave, que al volar, rastrera
Busca en el suelo punto en que pararse.

Cruza la tierra desde de zona á zona,
Reina el águila audaz con ciego brio,
Ó se pierde en el cóncavo vacío,
Ciñendo entre luceros su corona.

Grande cual ella, el génio, siempre osado,
La pequeñez desprecia del modelo;
Pintar intenta el anchuroso cielo
Con la luz de mil soles alumbrado.

Mira que del Criador es alta hechura
El hombre que formó á su semejanza,
Y ardiendo de imitarle en la esperanza,
Hace de mármol varonil figura.

Y al contemplar de su obra la grandeza
Dice á su Dios: « Al hombre tú formaste;
« Yo soy un semi-dios: tú lo creaste;
« Mas reproduce yo su gentileza. »

É inclinando feliz la altiva frente,
En celestial inspiración bañado,
Pinta el artista con pincel osado
Á la Madre de Dios omnipotente

No de los cielos reina, donde amada
La contempla el Criador con regocijo;
Si de la cruz al pié, llorando al Hijo
Á orfandad y miseria abandonada.

Al Señor sin cesar amante mira,
Y es su mirada maternal, doliente;
Su animado silencio es elocuente,
Mas que el lamento que el dolor inspira.

Y al mismo tiempo que en profunda pena
Por su Hijo muerto sofocada gime,
Dá á los verdugos el perdón sublime
Aun mas de amor que de dolores llena.

Pasó en alas del tiempo su agonía,
Mas Murillo retrata en su pintura
La virtud, el dolor y la hermosura,
Y á nuestros ojos renació María.

¡Vates, cantad! También en sus raudales
De inspiración los cielos os anegan,
Las edades su historia rica os legan,
Ya profana, ó sagrada, en sus anales.

Á vuestra vista penetrante, ofrece
Espléndida natura sus portentos,
Que al concebir los altos pensamientos,
La tierra y cielo, todo os pertenece.

Con flores primavera se colora,
Nos prodiga sus frutos el verano,
Los madura el otoño, é inhumano
Con hielos el invierno los devora.

Dan á los bosques su cantar las aves,
En amantes y armónicos concientos,
Y prolonga al bramar los raudos vientos
Agreste toro sus mugidos graves.

Entre mirtos y adelfas serpentea
Mansísimo el arroyo transparente,
Y á los rayos del sol se vé el torrente
Que en ágras peñas choca y centellea.

Hierve agitada y extremece el suelo
En el volcán la lava comprimida,
La roca rompe para hallar salida,
Y en torrentes de fuego sube al cielo.

Al soplar en los mares manso viento,
Besan las playas olas bonancibles;
Mas ruge el huracan, se alzan terribles,
Y vuelan hasta el alto firmamento.

Rueda la tempestad enfurecida,
Sobre la negra nube que revienta,
Y vierte en medio de feroz tormenta
Torrentes de agua de que se halla henchida.

Así á veces natura nos asombra,
Pintela el vate en toda su grandeza;
Y ante el mundo levante su cabeza,
Que grande el mundo su talento nombra.

Fabulosas deidades, como ciertas
Del pueblo y reyes adoradas fueron,
Y á sus sábios cantores les abrieron
De la inmortalidad las altas puertas.

Ellos cantaron á sus dioses vanos;
Cantad, vates, del hombre el heroísmo;
Y con ternura inmensa el cristianismo,
En que esperan ventura los humanos.

Que grande el mundo proclamó á Alejandro
Sol de la guerra, Aquiles prepotente
Con su gloria inundó, cuál con su gente,
Las riberas del plácido Escamandro.

Cantad á César, que en su carro, fiero
Los caballos flamígeros hostiga;
Terrible en su ambicion jamás mitiga
Su sed de mando, sangre de guerrero.

Cantad á la feliz Samaritana
Abrazada en la sed del Dios de vida,
Y á Magdalena hermosa conmovida,
Bañándole su planta soberana.

Que no solo el espíritu que doma
Con escenas de sangre, horror y muerte,
Es grande é inmortal: el Criador fuerte
Simbolizóse en cándida paloma.

Quereis placeres que arrebatan luego
Con un ardor irresistible, grato,
De la Venus sensual sea el retrato
La mujer que os inspire tanto fuego.

Ya desmaya su lánguida mirada
Con el deleite que su faz revela,
Su cabello riquísimo le vela
Solo en partes la espalda delicada.

En su lábio purpúreo, que provoca
Al beso del amor con risa grata,
Perfumado su aliento se dilata
Cual aura matinal que flores toca.

Posa su sien en brazo que es de nieve
Y el albo seno oculta el otro brazo,
Esbelta su cintura y el regazo,
De perfeccion modelo hasta el pié breve.

Y al contemplar el hombre su belleza,
Ardiente fija en ella su mirada,
Que ansiosa de gozar vuela agitada
Desde la airosa planta á la cabeza.

Es el iman tirano del sentido
Que arrastra en pos de sí con el deseo...
Ved la virgen honesta en la que veo
El amor de los ángeles venido.

Su alba frente el pudor tiñe de rosa,
Si la sorprende el hombre descuidada,
De casto lábio y tímida mirada
Melancólica al paso que amorosa.

Que un pensamiento en ella se adivina,
Pensamiento de amor, tierno y profundo,
De aquel amor que bienes en el mundo
Promete á la mujer á quien domina.

Ese amor que se aumenta con imperio
Germinando en el pecho generoso,
Que á los lábios no sale, temeroso
De perder su virtud con el misterio.

Ella nació en los campos cuál las flores;
La flor de su inocencia la embalsama;
Mas la copa de amor que el pecho inflama,
Apuró con sus dichas y dolores.

Su corazon los celos avasallan,
Y ella cede al rigor de su martirio,
Y vierte llanto con mortal delirio
Y sus amantes lábios mudos callan.

Y tiembla, y un momento su cabeza
De indignacion y orgullo se levanta;
Mas cual la miés que el huracan quebranta
Débil sucumbe á su letal tristeza.

Que es la pasion en la mujer sencilla,
Cuando de su alma pura se apodera
La corriente voraz, que arranca fiera
Con el roble, la débil florecilla.

Cantad con ella, vates, si presenta
Á veces hechos que terror imprimen,
Tambien de la virtud, como del crimen,
Es alma, porque el alma representa.

Mas ¿por qué viene á dominar mi mente
Sin dejarme un momento de sosiego,
Sublime sensacion? Á ella me entrego,
Cual la caña á la rápida corriente.

¿Será que los reflejos de la gloria
Del sábio y del guerrero brillar veo?
Que irritando el ardor de mi deseo
Nombres claros ocupan mi memoria?

¡La gloria, sí! deidad indefinible
Que obra portentos en el alma ardiente,
Por ella Ciceron era elocuente,
Y Bonaparte se juzgó invencible.

Ella impeliendo el carro de la guerra,
Á combatir al hombre determina,
Y el hombre por la gloria audáz domina
Como señor del mundo la ancha tierra.

Ella lanza á las aguas el navío
Del marinero inglés que busca el Polo,
Y un instante lo anima, cuando solo
En mar helado espera, yerto y frío.

Y por ella la humana inteligencia
Se eleva al cielo, los planetas mide,
Del negro error á la verdad divide,
Brotando luz para la oscura ciencia.

Del génio es alma, lo es de la poesia,
Como Dios de la espléndida natura,
Inflamando precoz de la criatura
Con fuego celestial la fantasia.

¿Por qué Homero con su hórrida ceguera
Fué gran cantor, y con sin par belleza,
Nos pintó la feraz naturaleza,
Con mayor perfeccion que si la viera?

Porque la gloria iluminó su mente;
Con la lumbre del sol su pecho ardía,
Y volaba su rauda fantasia
En alas del relámpago fulgente.

Cometa que los cielos recorriendo,
Sobre los siglos escribió su nombre:
« Soy grande en mi pobreza, dijo al hombre,
« É inmortal como Dios, » dijo muriendo.

Que otros canten su gloria: yo profano
Al perderme en su luz mudo me siento,
Y en expiacion de tan audáz intento,
La lira rompo que pulsó mi mano.

JOSÉ SEBASTIAN SEGURA

En 1872, ha publicado en Méjico un interesante libro de sus poesías. A los diez y seis años de edad, dice, entre las frias fórmulas del cálculo infinitesimal trazadas en mi negra pizarra, escribí la primera parte de este volúmen, ignorando absolutamente las reglas mas triviales de literatura. Un sueño me hizo poeta. Mas adelante, cuatro años despues, en mi práctica de Ingeniero de minas, en las montañas del Real del Monte y Pachuca, compuse casi toda la segunda y tercera. Conociendo yo que ningun cristiano me los imprimiria por su cuenta, ofrezco este tomo á las personas de mi intimo cariño. »

PRENDAS DE AMOR

Ensueño de rosa y celestes visiones
Mas lindas que de Eva en el mágico Eden,
Gozaste en tu cuna de amor é ilusiones
Besando tu madre encantada tu sien.

¡ Ay ! de ella la perla, la flor y el tesoro
Fuistes, ¡ oh niña bendita de Dios !
Y yo que en tí miro un arcángel que adoro,
Una alma tan solo formamos los dos.

En prendas me distes, hermosa, aquel rizo
Que al verte mil veces tu madre besó,
Y el beso que puso en tus lábios su hechizo
Tu amor en mis lábios por siempre clavó.

Guardarlas te juro, cual dádiva inmensa ;
Conmigo á la tumba, mi bien, bajarán,
Y aqui entre las sombras de niebla tan densa
Serán nuestra luz y feliz talisman.

LAURA DORMIDA

Descansa sobre blandos almohadones
Cubierta por luciente cortinaje,
Cual solitaria flor bajo el follaje
De la palma oriental.

En su estancia doquier reina el silencio :
El eco solo de mi voz retumba :
Su sueño es como el sueño de la tumba,
Solemne, celestial.

Humilde y religioso la contemplo :
Mi corazon fogoso se acobarda,
Porque á su diestra el ángel de la Guarda
Defiende su virtud.

Duerme, como la gota de rocío
Duerme en el seno de la flor del valle
Su semblante, sus ojos y su talle
Causan dulce inquietud.

Sus pálidas mejillas son mas lindas
Que los tintes del alba en el oriente ;

Su sonrisa mas pura que el ambiente
Del misterioso Eden.

En un brazo reclina la cabeza,
Con otro oculta el seno casto y bello,
Y en blondos rizos el gentil cabello
Vela su blanca sien.

¡ Descansa ! y en vaivén tranquilo y blando
Late su pecho blanco cuál la nieve,
Cuál cándida azucena al sople leve
Del aura del verjel.

Sonríe como el niño en su áurea cuna :
El génio aterrador de la conciencia
No ha vertido en la flor de su inocencia
El cáliz de la hiel.

Tal vez ahora por su mente cruzan
Ilusiones que animan los sentidos ;
Sueños de gloria y de placer mentidos,
Imágenes de amor.

Tal vez el ángel la acaricia alegre,
Ó pérfido galán de ardiente brio,
Como el aire de fuego en el estío
Acaricia la flor.

Una lágrima asoma en sus pestañas
Como entre negra nube clara estrella;
¿Quién interrumpe, celestial doncella,
Tu ensueño juvenil?

¿Huyeron para siempre esas visiones
Que eran tus pensamientos, alma mía?

Así perecen en un solo día
Las galas del abril.

Doquier la realidad nos atormenta;
Ya nos alumbre el sol de la fortuna,
Ó la luz apacible de la luna,
En grata soledad.

Despierta, hermosa, que el vivir soñando
Es la única esperanza de los muertos:
Entre caricias y placeres ciertos
Pasemos nuestra edad.

LA HUÉRFANA

Hija de la desgracia, hermana mía,
Fresco botón de cándida azucena,
Vision de mis ensueños de alegría
En este valle de amargura y pena.

¡Ay! huérfana pasaste tu existencia
Abandonada en el maldito suelo,
Y el llanto y la miseria fué tu herencia
Aunque meció tu cuna el Dios del cielo.

Creciste cual la flor en el desierto;
No te dieron su sombra los palmares;
A tus padres cubrió el sepulcro yerto
Y á tu niñez la envuelven los pesares.

Viste al nacer bajo tus piés el oro,
Y el pan de los mendigos te nutría;
Y en el negro infortunio tu decoro
Brilló tan puro cuál la luz del día

Ocultas como perla de los mares,
Y como los diamantes en las minas,
Pasas tu juventud llena de azares,
Sin ostentar tus formas peregrinas.

Ven á mis brazos, inocente niña,
Yo endulzaré tus males y tormentos;
Permite que tu sien de rosas ciña
Y te diga mis nobles pensamientos.

Mi ardiente corazón será tu trono;
Tu corazón de virgen mi embeleso;
Y unidos para siempre alzaré el tono
Y cantaré de amor tu primer beso.

Y oirás cómo hasta el cielo azul retumba
El eco de mis íntimas canciones,
Y aun sobre el lecho frío de la tumba
Soñaré doradas ilusiones.

URUGUAY